



Otto Hermann PESCH, *Tomás de Aquino. Límite y grandeza de una teología medieval*, Barcelona 1992, 546 pp.

La obra que vamos a reseñar es la traducción castellana de *Thomas von Aquin. Grenze und Grösse mittelalterlicher Theologie*, publicada en Mainz en 1988 y que tuvo ya una segunda edición revisada en 1989. Otto Hermann Pesch, nacido en 1931, fue profesor de Dogmática en Walberberg desde 1965 a 1971 y profesor invitado para la enseñanza de la Teología Católica en Harvard Divinity School (Cambridge, Massachusetts) en 1971-72. Desde 1975 es profesor de Teología Sistemática y de Teología de Controversia, como teólogo católico, en la Facultad de Teología Evangélica de la Universidad de Hamburgo. Es un autor ya conocido por sus obras sobre la teología de la justificación en Martín Lutero y en Santo Tomás de Aquino, y también por su *Introducción a Lutero*.

En esta obra que ahora reseñamos Pesch emprende una nueva elaboración de lo que ha sido tema central de su trabajo teológico: la Teología de Santo Tomás de Aquino; y lo hace intentando ofrecer una síntesis completa de su pensamiento teológico. En la síntesis de Pesch hay que tener en cuenta dos ejes que justifican su estructura interna: la historia y la teología contemporánea. El título es suficientemente significativo porque entiende que la teología de Santo Tomás está limitada por las condiciones históricas en las que se realizó y, al mismo tiempo, que precisamente al reconocer su delimitación histórica es como mejor sobresale la extraordinaria fuerza de su doctrina.

Es decir, Pesch presenta un estudio histórico-doctrinal de la teología tomasiana que puede incluirse pacíficamente entre las monografías de historia de la teología, pero a la vez, la articulación interna del libro responde a los intereses de la investigación teológica actual. Es decir, su método consiste

en cuestionar al «Santo Tomás histórico» sobre los temas que comprometen a la teología de nuestro tiempo mostrando su actualidad. La dificultad, que el autor parece haber superado, consiste en que uno de los dos ejes haga violencia al otro. La perspectiva contemporánea puede traicionar al verdadero pensamiento histórico y el interés solamente histórico, la llamada arqueología del pensamiento, puede apartar de nuestro horizonte de intereses la fuerza de un pensamiento.

Queremos subrayar el interés que tiene escribir hoy una síntesis histórica de lo que fue la teología de Santo Tomás. Después de las clásicas obras de Martin Grabmann, Marie-Dominique Chenu, Odon Lottin, Arthur Landgraf y otros, que en muchos aspectos siguen siendo siempre válidas, no se había renovado esta perspectiva del pensamiento de Santo Tomás, es decir, hacía tiempo que no se ensayaba una síntesis de toda su teología.

La importancia del libro que reseñamos ha sido recientemente puesta de manifiesto en el «Primer Congreso Europeo de Estudios Medievales» que tuvo lugar en Spoleto los días 27 al 29 de mayo de 1993. En la sesión dedicada a hacer balance de los recientes estudios sobre teología medieval, H. Rikhof, de la Universidad Católica de Nimega, se centró en los estudios sobre el pensamiento de Santo Tomás y presentó tres obras fundamentales y representativas. En primer lugar, desde un punto de vista neoescolástico (Leo Elders, *The Philosophical Theology of St. Thomas Aquinas*, «Studien und Texte zur Geistesgeschichte des Mittelalters» 28, Leiden 1990); en segundo lugar, desde un punto de vista filosófico-teológico (B. Davies, *The thought of Thomas Aquinas*, Oxford 1992); y, además desde una perspectiva teológica, y en éste género de estudios, Rikhof presentaba como lo más representativo en la literatura reciente, la obra de Pesch que estamos reseñando.

Nos encontramos, por lo tanto con un estudio bastante excepcional. Es efectivamente sorprendente el hecho de constatar el olvido actual del Santo Tomás teólogo y pensamos que esto merece un comentario. El tema tiene además relación con el problema, más amplio, de la ignorancia de la teología medieval. Hay, por ejemplo, multitud de historias de la filosofía medieval y, en cambio, apenas se encuentran historias de la teología en la Edad Media. Algo parecido sucede con el escaso número de especialistas, de departamentos en las facultades universitarias, de sociedades científicas, revistas o congresos que trabajen hoy sobre el pensamiento teológico medieval. Las causas de éste déficit son varias. Por ley de vida en las últimas décadas ha desaparecido toda una generación de medievalistas que eran teólogos, y de teólogos interesados por la historia, y parece que esta generación de investigadores no se ha renovado. Quizás también el olvido de la teología medieval responda a un interés editorial, porque la teología medieval «no vende». Pero también puede ser consecuencia más o menos consciente del antiguo debate sobre la filosofía cristiana y de la situación actual de la metodología en el terreno medievalista.

El debate sobre la existencia o no existencia de una filosofía cristiana, y sobre la conveniencia de llamar cristiana a una filosofía, está intelectualmente superado. Incluso el reciente fallecimiento del profesor Fernand Van Steenberghen parece confirmar que con la muerte del gran historiador de la filosofía se ha cerrado ya éste conocido capítulo de la historia. Pero, por distintos motivos en unos autores y en otros el antiguo debate ha podido dejar como consecuencia indirecta el rechazo a tratar de la teología en la Edad Media. Unos historiadores porque niegan su interés «a priori» a un pensamiento que parte de la fe y la Revelación y se construye sin romper con ninguna de am-

bas. Otros medievalistas se desinteresan de los estudios teológicos porque no quieren ser acusados de «filósofos cristianos o doctrinales». Otros, sencillamente porque no conocen la ciencia teológica y han cerrado la puerta a todo estudio «ideológico» para concentrarse en una investigación formal sobre los textos y su evolución interna. Es el caso de lo que podría calificarse como «filologismo radical» que predomina en tantos centros de investigación europeos y que descalifica como «ideológico» todo estudio centrado en la doctrina de los autores: ¿«Theologia ancilla Philologiae»?.

De hecho, el pensamiento teológico en cuanto tal parece quedar relegado al olvido y pensamos que esto es grave, sobre todo cuando se trata de historiar el pensamiento de los siglos medievales. Y éste es el motivo de nuestra reflexión; no puede olvidarse que la inmensa mayoría de los pensadores medievales de relieve, y entre ellos por supuesto Santo Tomás, se consideraban a sí mismos principalmente como teólogos. A excepción de los tratados medievales de lógica, de semántica o de filosofía del lenguaje, toda la filosofía medieval ha nacido y se ha desarrollado en el interior de una teología y ha alimentado un pensamiento que era básicamente teológico. Indudablemente es válida y ha aportado grandes logros la búsqueda y la comprensión de esa filosofía que vertebró todo el pensamiento teológico medieval y en esta línea todavía queda mucho por hacer. Pero éste esfuerzo ha podido provocar la pérdida del verdadero contexto y por lo tanto la pérdida de la realidad misma de ese pensamiento.

Quizás es el momento de recuperar la posición inicial, anterior al debate sobre la existencia de la filosofía cristiana y renovar los estudios de historia del pensamiento medieval desde una auténtica y consciente perspectiva teológica. Ya nadie niega que hubo un pensamiento filosófico en la Edad Media



y el mito de los mil años de obscurantismo se ha borrado de las mentes medianamente cultivadas. El tópico de que los siglos medievales fueron bárbaros y oscuros ya sólo se encuentra en algunos medios de comunicación de masas. Pero precisamente ahora que han desaparecido los antiguos prejuicios y que la llamada Edad Media encuentra su carta de ciudadanía parece que ya no hay interés por la historia de la teología. La generación de medievalistas teólogos no se ha renovado.

Existe actualmente en la historiografía del pensamiento medieval una tendencia cada vez más marcada y reconocida a renovar la imagen del pensamiento medieval. Se habla de una «nueva Edad Media» y se presenta un nuevo planteamiento general de la evolución del pensamiento en estos siglos. Hay en el fondo de esta nueva corriente un afán por salvar el pensamiento medieval haciéndolo más compatible con la actual visión del mundo y facilitando un diálogo con la filosofía moderna y contemporánea, que pasaría por Descartes, Kant, Hegel, Heidegger, y los recientes planteamientos estructuralistas, comparatistas etc. Se quiere facilitar el encuentro entre nuestro tiempo y los pensadores medievales. Es un esfuerzo loable aunque, en nuestra opinión, conduce a un error historiográfico, porque se corre el peligro de perder la auténtica sustancia de lo que fue el pensamiento en los siglos medievales. Ignorar la posición central que la teología tuvo en la elaboración del pensamiento en la Edad Media es algo grave.

Por todo esto, y volviendo al comentario de la obra de Pesch, nos parece muy oportuna y actual esta síntesis de la teología de Santo Tomás. Hay que tener en cuenta, sin embargo, algunas cuestiones que orientan el trabajo de Pesch. El autor, inmerso en un contexto de debate con la teología no católica, y quizás a causa de este contexto, parte del presupuesto de que la tradición

escolástico-tomista se ha extinguido desde hace algunos decenios y que, por lo tanto, el estudio sobre Santo Tomás ya no puede hacerse en un nivel atemporal. Es decir, para el autor ya no sería posible el acceso pacífico a la doctrina tomista porque se han perdido los contactos existenciales.

La doctrina de Santo Tomás no sería ya la doctrina siempre actual y en cierto modo fácilmente comprendida. Para Pesch, el camino de aproximación al pensamiento del Aquinate no puede ser otro que el de la historia. Santo Tomás es una figura histórica, que se desarrolló en unas condiciones concretas y por eso su obra resulta distante y en cierto modo extraña al lector de hoy. Precisamente reconociendo estas limitaciones históricas sería como mejor podría comprenderse la grandeza especulativa y las enormes perspectivas que el pensamiento de un autor que vivió hace más de 700 años puede seguir abriendo ahora.

Pesch es víctima, si hemos leído bien, de la conocida dialéctica —popularizada por el historicismo alemán— entre historia y ser. Es preciso reconocer, en efecto, que todo pensador es hijo de su tiempo. Pero, ¿acaso las ideas no pueden superar el marco histórico? De no ser así, estaríamos abocados al círculo hermeneúico, también en los estudios medievalísticos...

Esta síntesis de la teología de Santo Tomás, se desarrolla en quince densos capítulos. En los cinco primeros trata en primer lugar, de su vida y su obra. A continuación, presenta el entorno socio-cultural en el que se desarrolló la vida de éste extraordinario teólogo medieval que vivió en el centro del siglo XIII. En su descripción del contexto destaca la Universidad con sus condiciones de vida y de metodología de trabajo que condicionaban la expresión del pensamiento, y destaca también la presencia del mundo judío y el mundo musulmán que convivieron con la civilización cristiana de su época



e interpelaron, necesariamente el pensamiento de Santo Tomás. En tercer lugar, Pesch analiza la distinción entre lo que fue el pensamiento de Santo Tomás del pensamiento de la llamada escuela tomista y del neotomismo. Toda esta primera parte nos parece de un gran interés como acercamiento histórico a la figura real de Santo Tomás. Se trata de recordar al lector quién fue y cómo era el mundo intelectual, político y eclesiástico en el que se desarrolló la vida de Santo Tomás de Aquino.

A partir de esta toma de contacto propia del historiador del pensamiento, Pesch desarrolla la segunda parte que es la propiamente doctrinal, la síntesis de la teología de Santo Tomás. El capítulo sexto lleva por título «La comprensión de la fe» y trata la relación entre la fe y la razón en el interior de la síntesis tomasiana. El capítulo séptimo expone la doctrina de la predestinación y la solución aportada por Santo Tomás. El capítulo octavo se dedica a la doctrina de la justificación. A continuación expone Pesch la escatología tomasiana: la resurrección de la carne, la imagen de Dios en el hombre y un capítulo, que es una amplia digresión sobre la mujer en la teología de Santo Tomás. Los siguientes capítulos están dedicados al amor y las virtudes, a la teología del pecado, la ley y la gracia. La síntesis se completa con una exposición de la teología de la historia, la cristología, la soteriología y la teología de la Iglesia. El último capítulo, titulado «El hombre como imagen del Dios Uno y Trino» desarrolla el profundo sentido teológico del plan de la «Summa Theologiae».

La síntesis se completa con una nota sobre «Tomás y el estudio». Dos interesantes apéndices: 1. «Ediciones y traducciones de las obras de Santo Tomás de Aquino». 2. «Pequeño plan de lectura para principiantes». Además hay una amplia bibliografía clásica y de obras recientes sobre el pensa-

miento de Santo Tomás que se divide en tres secciones: 1. Fuentes. 2. Diccionarios, obras colectivas y colecciones. 3. Monografías. El libro termina con un índice analítico y otro de nombres.

M. Lluch-Baixaui

Gian Luca POTESTÀ (ed.), *Il profetismo gioachimita tra Quattrocento e Cinquecento. Atti del III Congresso Internazionale di Studi Gioachimiti. S. Giovanni in Fiore, 17-21 settembre 1989, Marietti* («Opere di Gioacchino da Fiore. Strumenti», 3), Genova 1991, 520 pp.

En septiembre de 1989 se celebró, organizado por el Istituto Internazionale di Studi Gioachimiti (con sede en S. Giovanni in Fiore, CS), el III Congresso Internazionale di Studi Gioachimiti. El tema estuvo centrado en seguir las pistas al joaquinismo en los siglos bajomedievales y primeros años del Renacimiento.

Como resalta el Prof. Cosimo Damiano Fonseca, en su breve estudio introductorio (pp. 11-14), es un hecho indiscutible que todo el Bajo Medioevo estuvo preñado de doctrinas fantásticas presentadas como proféticas. Fonseca ofrece un curioso testimonio tomado del Concilio V Lateranense (1516), en que se condenaba a los clérigos que predicaban una caterva de tragedias futuras, aterrizando a las multitudes de fieles (¿estarían los padres lateranenses pensando en el entonces todavía reciente caso savoranoliano?). Fonseca recuerda, además, que esa atmósfera de alucinaciones sacudió toda Europa y llegó incluso a saltar a la otra vera del Atlántico, como testimonia —dice— el caso curioso y enigmático de Cristóbal Colón.

Es, pues, innegable, y las fuentes lo demuestran, que hubo un clima generalizado de carácter apocalíptico y milenarista. Pero